«No forcéis vuestro talento;
Pues nada haríais con gracia.»

Y, sin embargo, condesa, usted da un mentís á esta moraleja, porque usted es graciosa hasta cuando fuerza su talento.

—Vamos, he ahí una conclusión que redime las durezas del principio.

Llegaban á la encrucijada donde estaba preparado el *lunch* bajo grandes abetos. Mostrábanse las provisiones en cestas de mimbres, y el vino de Champagne se refrescaba en cubos de hielo. Sobre la larga mesa, sostenida por ligeros banquillos y cubierta con un mantel bordado de arabescos de color, había servidos emparedados, carnes asadas, aves fiambres y las frutas más hermosas. El té cantaba en el *samovar* de plata, y el espumoso chocolate humeaba en un braserillo.

Los lacayos de media gala, con pantalón y frac á la inglesa, esperaban inmóviles.

Colocáronse los cazadores, y Ester, por una afectuosa delicadeza, sentóse en la punta de la mesa, al lado de la Srta. de Faverger. Nuño, taciturno como siempre, miraba comer á sus convidados, bebiendo sobriamente una taza de leche.

Saltaban los tapones, chispeaba el vino en las copas, las conversaciones se hicieron pronto ruidosas. En medio del estrépito de las palabras, se dejó oir la áspera voz de Selim:

—¿Están ustedes contentos de esta primera parte de la expedición, señores?

—Querido,—dijo el baroncito de Trésorier,—estimo que andamos cerca de dos mil perdices. Por

mi parte he quemado más de ciento veinte cartuchos... Si el guarda ha anotado el número de los disparos hechos...

El inglés Strehley adelantóse flemático, quitóse el kepis de dorado galón, y respondió con pronunciado acento:

—Se ha contado mil trescientos tiros... Pero había momentos en que era imposible contarlos con precisión... Se puede estimar que ha habido cien tiros de más...

—¿Y cuántas piezas?—preguntó La Bréde.

—Cuatrocientas doce,—contestó el guarda mayor.

—Vaya,—dijo Burat,—eso hace más del cuarto de los disparos hechos. Es bastante bonito para una apertura donde hay chambones.

—¿Quién?—preguntó Trésorier.

—Usted, querido amigo,—respondió gravemente el abogado;—yo; el excelente Gastón...

—Ciertamente,—confirmó riendo el guapo Francfort, desgranando negligente un racimo de uvas.

—Y, en fin, el mayor chambón de todos, el triunfo de la chambonería, el chambón grandioso: nuestro querido y venerado patrón.

—¡No faltaría más—gritó Tremblay—que matase él mismo su caza! ¿De qué le servirían entonces sus amigos?

—Para los demás—dijo Burat—tiene una caza, y hermosa, porque todo lo tiene hermoso: un hermoso hotel, un hermoso castillo, un hermoso palco en la Opera, una hermosa fortuna, una hermosa heredera.

Saludó á Ester amigablemente con la cabeza, y, tomando su copa, dijo:

—¡Señores, á la salud de este hombre que tiene cosas tan hermosas!

Centellearon las copas en alto.

—Ya que se ha hablado de los chambones,—dijo Trésorier,—¿por qué no hablar un poco de las grandes escopetas?

—Bueno,—dijo Burat;—pero son cinco: nuestro amigo Termont á la cabeza. Santiago, ¿cuántas piezas?

Termont sacó del bolsillo su cuaderno, y, examinándolo, respondió:

—Ciento veintidós.

—¿Y cuántos cartuchos?

—No sé... Pregúnteselo usted á mi guarda... Acaso ciento cincuenta... Y he hecho tiros de distancia...

—No es como lord Welsey,—dijo La Bréde;—no entierra los cartuchos, para que no se sepa cuál es su término medio...

Nuño volvióse entonces á Brucken, y le dijo con aire preocupado:

—¿Le ha hablado á usted Strehley de lo que nos espera en la porción que aún no hemos batido?

—Sí,—dijo el joven.—Parece que los campesinos que poseen tierras han puesto rótulos prohibiendo pasar por ellas... Quieren impedirnos marchar todo derecho... Pues bien: maniobraremos.

—Es que está la propiedad muy dividida.

—¿Por qué le son á usted tan hostiles los propietarios?—preguntó Trésorier.—Yo, en el Oise, he

arrendado lo que se ha querido, y al precio á que han querido, para tener paz.

—He tratado de arrendar, pero inútilmente. Aquí —dijo Nuño—hay algo más que la rapacidad de los campesinos... El antiguo dueño de la finca está detrás de esas gentes, y los pone en contra mía...

—¿Como? ¿Pont-Croix?—exclamó Faucigny.—¡Eso es imposible! ¡Un hombre tan cortés!

A este nombre, Manuela y el conde Huberto cambiaron una rápida mirada. Al rostro de la portuguesa asomó un ligero rubor, y Ester bajó instintivamente los ojos.

—¿Conoce usted bien á Pont-Croix?—preguntó Brucken al príncipe.—Hay dos opiniones sobre el marqués: la de las gentes que no ven en él más que al caballero brillante, al fino tirador, al cumplido hombre de mundo, y la de las gentes que, tratándolo más íntimamente, han podido darse cuenta de su orgullo, de su estiramiento, de su desigualdad de humor...

—¿Adónde va usted á parar?—exclamó Burat.—Es una buena persona.

—Tiene numerosos amigos y muy fieles,—dijo Termont.

—¿Usted lo defiende, Santiago?...—exclamó burlonamente.—¡Confraternidad de tiro!...

—Señores, me ha derrotado más de una vez. Podría odiarlo.

—Tiene también detractores apasionados,—añadió Gastón Francfort.

—Todos los hombres que valen los tienen,—dijo Trésorier.

—Un ejemplo,—añadió el príncipe.—Vean ustedes lo que pasa en un círculo para la renovación de la Junta. Todos los miembros que, por cualquier título, se ocupan de alguna cosa, prestan servicios ó poseen una gran notoriedad, obtienen menos votos que aquellos cuya insuficiencia y oscuridad no ofuscan á nadie. Esto es un síntoma.

—Aunque Pont-Croix se hubiera agriado algo, ¿qué tendría de particular?

—Ha sido muy maltratado por la fortuna.

—Ha jugado á la Bolsa como un loco.

—¿Por qué jugar á la Bolsa cuando se tiene doscientos mil francos de renta?

—Pregúnteselo usted al patrón.

—En él es diferente. Es su profesión. Puede decir, parodiando á Luis XIV: «¡La Bolsa soy yo!»

—¿Y Pont-Croix excita á los campesinos contra Selim?

—¡Eso sería de un gusto deporable!

—¡Eso es inadmisible!

—En fin, que sean impulsados por él ó no, hoy —dijo Brucken—vamos á habérnoslas con una colección de colindantes que esperan, bajo los manzanos, á que les levantemos la caza. Si les parece á ustedes bien, Termont y yo seguiremos la linde, recorreremos las tierras que se nos quieren cerrar, y abatiremos todo lo que pase. Hay que enseñar á esos mozos con qué leña nos calentamos... Ya verán lo que es bueno.

—Convenido,—dijo Nuño.—Obre usted á su gusto.

Ester, dirigiéndose entonces á Faucigny, que había defendido tan calurosamente á Clemente, le preguntó:

—¿Cómo es físicamente, el señor de Pont-Croix?

—Hace algún tiempo que no lo he visto, señorita. Se dice que lleva toda la barba ahora, lo que debe cambiarlo. Es un hombre de estatura mediana; de aspecto muy elegante. Tiene el cabello castaño, los ojos azules y el bigote rubio.

—¿No le blanquea algo el pelo por las sienes?

—Sí, señorita; la desgracia lo ha encanecido ligeramente.

—Muchas gracias—dijo Ester.

Cambió con la Srta. de Faverger una mirada que parecía decir: «Era él. ¿Cree usted capaz de excitar á las gentes del país contra mi padre á ese hombre de mirada tan franca, de benévola sonrisa? ¡No! El que ha abierto la barrera de la Encomienda á la hija de Selim Nuño, con una gracia tan hospitalaria, no es aliado de los individuos que usan tan malos procedimientos con un vecino. Brucken tiene razones para atacarlo, y no es justo en sus acusaciones.»

La joven sentíase arrastrada instintivamente á tomar el partido de aquel desheredado; lo encontraba singularmente interesante, y habría deseado conocer las particularidades de su existencia. Los amigos de su padre, hablasen de él bien ó mal, lo pintaban como un ser excepcional. Parecía un soberano destronado, de cuyas victorias y derrotas se habla, cuyo reinado es bendecido ó aborrecido; un rey, de todos modos nada vulgar, y que hacía hablar todavía al mundo desde el fondo de su oscuridad.

Volvió á ver á Clemente cargado con sus redes, vestido con su chaquetón oscuro, con su sombrero de paja. Y por una extraña asociación de ideas, le acudió el recuerdo de aquella hermosa página de la *Leyenda de los siglos*, en que el Campeador, desnuda la cabeza, en el patio del castillo de Vivar, cura con su mano, que hizo temblar á los moros, el caballo de su padre.

Aquella pobreza y aquella dulzura, aquella grandeza y aquella modestia, eran las que convenían á la verdadera superioridad. Y su héroe le agradó tanto como el del poeta. Pensó: «¿Lo volveré á ver? Todo nos separa. No puede más que huir de mi padre y apartarse de mí. La educación y la cortesía que ha mostrado hace un momento, no se dirigían á la Srta. Nuño, sino á una mujer. Ha tenido cuidado, con irónica finura, de hacérmelo comprender. Hay, pues, muchas probabilidades de que no se vuelva á encontrar en mi camino, y no me toca pasar por el suyo, por amablemente que me haya invitado. De todos los que me rodean, ninguno habría podido serme tan agradable, y precisamente á él es á quien no puedo acoger.»

Fué sacada de su meditación por la voz de la señorita de Faverger.

—Está usted muy lejos de aquí hija mia,—dijo la institutriz bondadosamente.—¿En qué piensa usted?

—En una barrera—respondió Ester—que nos ha sido abierta por un pescador cargado de redes.

Los cazadores se habían levantado de su sitio. Manuela se acercó graciosamente á la hija de Selim. Se quejaba de estar fatigada. Aquellos placeres masculinos eran verdaderamente demasiado duros, y tenía mucha gana de abandonar la cacería.

—Querida condesa,—dijo Nuño,—no se esfuerce usted más... Ester llevará á usted en el carruaje. Costearán ustedes el bosque, y por el camino de Précigny volverán todo derecho.

Una nube oscureció la frente de la joven; y respondió friamente:

—La Srta. de Faverger no ocupa mucho sitio, ni yo tampoco... Podemos colocarnos las tres en el cesto...

Manuela no esperaba, sin duda, más que una palabra de Ester para aceptar, porque sin tener en cuenta la contrariedad visible con que había sido hecha la proposición, dijo:

—¡Qué buena es usted! Volveremos juntas. Adiós, señores.

Sonrió á Nuño, y, dejando á Ester despidiéndose de los invitados de su padre, se dirigió al carruaje. Los cazadores marchaban ya por la llanura. Un hermoso faisán saltó con un grito estridente y se elevó con gran ruido de alas. En la punta de la escopeta de Termont se redondeó una humareda azulada, y, entre una nube de doradas plumas, el ave, como vuelta por el plomo, cayó. Al ruido, escaparon dos conejos hacia la linde del bosque, saltando en caprichosa carrera. De su segundo disparo, Termont abatió al que iba más lejos, y luego, tomando otra escopeta de las manos del guarda, hizo rodar el segundo conejo sobre el cuerpo de su compañero.

La caza, espantada, comenzaba á huir delante de los tiradores; cuyas descargas chisporroteaban alegres. Los lebreles de Nuño avanzaron, fustigados por su conductor, y volvieron con los conejos y el faisán en la boca.

Las tres mujeres subidas en el cesto, acompañaban la cacería, que bajo la claridad del sol en el ocaso, continuaba ruidosa y apasionada. El carruaje rodaba lentamente sobre la hierba del camino.

—Miren ustedes,—exclamó de pronto Manuela,—comienzan las hostilidades.

Una liebre, levantada delante de los cazadores, echó á correr vigorosamente del lado de una fila de sauces que bordeaban una pradera en pendiente hacia el río. Cuando llegó á la cuneta, irguióse un hombre escondido allí, y, echándose la escopeta á la cara apuntó al animal á unos 40 metros. Salió el tiro.

El animal dió un salto, y, volviendo atrás, se dirigió con toda velocidad hacia los cazadores. Un perrazo, que salió de la cuneta, se lanzó en su persecución, ladrando. Oíase, bajo los sauces, jurar al hombre, que volvió á cargar su arma y seguía con la vista la carrera de su perro. La liebre herida perdía terreno, y el pachón, excitado por la certeza del éxito, redoblaba su velocidad. Abierta la boca y babeando, había estado ya dos veces á punto de agarrar su presa. Un último esfuerzo puso la liebre al alcance de Brucken; se echó éste la escopeta á la cara, y del mismo tiro hizo rodar al perseguido y al perseguidor.

A los gritos lastimeros de su perro, el amo saltó

de la cuneta, y, profiriendo injurias corrió hacia el conde Huberto. En el mismo instante, Briffaut, apostado cuatro pasos de él, salió de su escondite. y gritó:

—¡Rabasson, á ver si te estás quieto... vas á hacer una tontería!...

Pero el otro, fuera de sí, llegó junto á su perro, que cojeaba, y con el puño tendido hacia Huberto, le dijo:

—¡Me la pagará usted! ¡Tirar á un perro ¡Lo mismo tiraría al amo! Deme usted mi liebre... Es mía... Iba herida...

—¿A quién pertenece la caza?—dijo vivamente el conde.—¿Al que la hiere ó al que la mata?

—Pero, ¿y mi perro? ¿Con qué derecho ha tirado usted á mi perro?

—¡Tu perro! No tenías más que llamarlo...

—¡Pobrecillo!... ¡Tiene una pata rota! ¡Me la pagarán!...

—Rabasson, puedes estar tranquilo...—le dijo Briffaut...—Tu perro no tiene nada...

—¡Me la pagarán!—aulló Rabasson excitándose con el ruido de sus palabras.—Sí; no se mata de este modo el perro de un hombre. ¡Por vida del... ¡Quién toca al perro, toca al amo! ¡Ah, mala sangre! ¡Estos canallas de ricos creen qne les está permitido todo! ¡Porque tienen dinero, pisotean á la gente! ¡Como si no se valiera tanto como ellos! ¿Hay república para esto? ¡Yo les haré ver si los hombres son iguales! ¡Matar á mi perro¡ ¡Por vida del otro dios! ¡Es menester hacer pedazos á ese ladrón!

Llegado al paroxismo de la cólera; olvidando dónde estaba, con quién se las había, y las consecuencias que podía tener un acto de violencia; inyectados en hiel los ojos; llena de espuma la boca, Rabasson levantó su escopeta, cuya punta tocó casi el pecho de Brucken.

Este dejó escapar una sorda exclamación, no hizo más que un gesto, y la escopeta de Rabasson arrancada de las manos que la tenía de una manera tan amenazadora, saltó á diez pasos. Al mismo tiempo, el cazador furtivo, cogido por la pretina del pantalón, fué levantado, balanceado en el aire dos veces, y, tirado como un paquete, rodó al lado de su perro.

—¡A mí, Briffaut!—gritó—¡Que me asesinan!

—¡Imbécil!—respondió su camarada ayudándole á levantarse.—¡Ya te decía que te estuvieras quieto! Dispénsele usted, señor; está un poco bebido... Vamos cállate: no tienes nada... ¡De todos modos, señor, no hay que dar tan fuerte!

Nuño y sus amigos acudieron, acompañados por el guarda. Con la tranquila confianza de un hombre rico, el banquero preguntó:

—¿Quién es este hombre?

—Rabasson, señor conde,—dijo el guarda.—¡Oh! Nos conoce bien, y nosotros lo conocemos demasiado...

—¿Qué es lo que reclama?

—Una indemnización por las ancas de su perro, —dijo Briffaut con tono chancero.—Y una liebre, si esto no les molesta á ustedes, para nuestra cena.

—Parece que éste es un gracioso,—dijo Nuño con calma.—Me gustan más las gentes que ríen que las que gruñen... Este mozo se explica convenientemente; que le den la liebre... En cuanto al perro...

Sacó dos luises, y alargándolos á Briffaut, añadió:

—¿Es bastante esto por el perro?

—Señor, á este precio, tendrá usía todos los del país... Ven, Rabasson...

Trató de llevarse á su camarada, que se había quedado silencioso desde que lo sacudió tan rudamente el puño atlético del conde. Pero desasiéndose, el cazador furtivo se adelantó hacia Brucken, y, mirándolo con aire sombrío, dijo:

—¡Que no lo encuentre á usted en mi camino!...

—A tu disposición,—dijo Huberto, enseñando sus robustos puños.

—¡Está bien! Es usted fuerte; pero eso no me impedirá arreglarle las cuentas.

Recogió su escopeta; silbó al perro, que se acercó cojeando, y desapareció detrás de los sauces. Un instante después se oyó que tiroteaban en la pradera, olvidado ya de su malaventura.

—¡Qué Hércules es este Brucken!—exclamó con entusiasmo la Sra. del Peral cuando acabó la escena.

—¿Y sería con esas gentes—dijo Ester—con las que estaría ligado el señor de Pont-Croix contra mi padre?

Manuela lanzó á la joven una mirada penetrante, y, con ligero dejó de ironía, exclamó:

—¡Ah! ¿Le interesa á usted el ermitaño de la Encomienda? ¿Lo conoce usted?

—Le he encontrado hace un momento, por pri-

mera vez. Pero usted, Manuela, que parece conocerlo...

—Querida, le conozco como todas las mujeres que frecuentaban la sociedad hace tres años. Usted era todavía una niña, y la buena Srta. de Farverger la acostaba á las diez... Pont-Croix era entonces el príncipe de la juventud... Daba el tono, con cuatro ó cinco señores como él...

—¿Por qué parece aborrecerlo Brucken?

Pasó una nube por la frente de la portuguesa, quedó pensativa un momento, y luego, con ligereza, añadió:

—Historias de Casino... Los hombres son más habladores y más murmuradores que las mujeres, aunque digan que no, y tuvieron una cuestión... Huberto es un hombre terrible... Ya lo ha visto usted hace un momento levantar á ese campesino con la mano... Pero el marqués de Pont-Croix, esbelto y fino, es más temible todavía... El conde quedó con su rencor... que aún está vivo.

—¿Y es muy pobre ahora Pont-Croix?

—Muy pobre y muy orgulloso.

—Tiene razón. El orgullo es el hijo de la pobreza.

—No quiere á su padre de usted,—insinuó la portuguesa, mirando de reojo á su amiga.

—¿Por qué?—preguntó Ester estremeciéndose.

—Bien lo sabe usted,—dijo Manuela moviendo la cabeza.

Y como la joven permaneciera silenciosa, añadió:

—Pont-Croix fué arruinado hace dos años por el *krack*, y su padre de usted dirigió las operaciones del sindicato que produjo la catástrofe.

—Si Pont-Croix guarda rencor á mi padre,—exclamó Ester alzando la frente, donde asomaba el rubor,—¿no es una injusticia? Porque, en fin, lo que decidió fué una horrible fatalidad del juego. Pero por duro que fuera el resultado, ¿las operaciones fueron leales?

—Muy leales. Tranquilice usted su conciencia.

—No estaba alarmada,—dijo la joven impetuosamente.—¿Cree usted que he dudado yo alguna vez de mi padre?

—No, ciertamente. Pero nos ocupamos demasiado de un original como el marqués. Hablemos de otra cosa.

No hablaron más de Clemente; pero tampoco hablaron de otra cosa. Y volvieron á la Chevrolière, silenciosas las dos, y más turbadas de lo que querían aparecer.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO